

A portrait of Amaya Valdemoro, a woman with long, wavy brown hair, wearing a black tank top and a gold necklace. She is looking directly at the camera with a slight smile. The background is plain white.

NACÍ LUCHANDO

AMAYA

VALDEMORO

POR JULIÁN REDONDO

NACÍ LUCHANDO

AMAYA
VALDEMORO

POR JULIÁN REDONDO

© Amaya Valdemoro Madariaga, 2015
© Julián Redondo, 2015
© Espasa Libros, S. L. U., 2015

Fotografías de interior: archivo personal de la autora

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Depósito legal: B. 5.281-2015
ISBN: 978-84-670-4368-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

CHEQUEO	11
1. NACÍ LUCHANDO	21
2. Y LA LUZ SE HIZO	35
3. PRUEBA SUPERADA	53
4. MOMENTO CRÍTICO	75
5. LA GRAN PELEA	93
6. «¡HOUSTON, TENEMOS UNA ESPAÑOLA!»	109
7. EN EL DIVÁN	133
8. VODKA CON HIELO	151
9. EL EJÉRCITO DE PANCHO VILLA	169
10. AMORES QUE MATAN	191
11. CAE EL TELÓN	211
12. QUIERO SER MADRE	231
13. TABLAS DE SALVACIÓN	247
CADA CANASTA FUE POR TI	265
PALMARÉS	267

1

NACÍ LUCHANDO

Quien dice que juega al límite es porque lo tiene.

MICHAEL JORDAN

Supongo que no fui el primer ser humano que mordió a un perro. Pero lo hice. Tenía dos años y, de haber existido Twitter, la noticia habría recorrido medio mundo en un periquete: «La niña muerde al perro». En el viñedo de mis abuelos paternos, finca que años más tarde les expropiaron para levantar la famosa T-4, los fines de semana que hacía buen tiempo nos juntábamos familia y amigos para comer y, si coincidía el verano, nos bañábamos en la alberca. Nadábamos, chapoteábamos, nos refrescábamos para combatir los calores del estío madrileño, y niños y mayores jugábamos al waterpolo rodeados de viñas y de hierba agostada. No levantaba dos palmos del suelo y ya se apreciaba que el deporte, lo que para otros críos no eran más que juegos, corría por mis venas. Además de la piscina, había una caseta pequeña de aperos donde, aparte de las herramientas del campo, guardaban los utensilios para hacer la paella y la barbacoa. Teníamos también varios perros de caza e imagino que uno, de cuya raza y nombre no me acuerdo, me gruñó, o tal vez le cogí uno de esos cariños que matan y, jugando con él, me puse nerviosa y le hincué el dien-

te (doy por descontado que sin apetito). Nada me daba miedo, si acaso alguna historia del abuelo que mientras me la contaba me mantenía quieta y sin decir palabra, con la boca y los ojos abiertos, absorta, serena y entretenida. Así discurrían los fines de semana y algunas jornadas laborales veraniegas. Al anoche- cer del domingo, recogida de bártulos y de vuelta a la civiliza- ción, Alcobendas.

Era una niña lozana, saludable, inquieta, posiblemente un trasto con más vitalidad y resistencia que el conejo de Duracell, y feliz. Nací donde tocaba, en la clínica Santa Elena de Madrid. Un poco antes del parto, la comadrona que atendía a mi madre anunció ceremoniosa que sería un chico porque mis pulsaciones eran bajas. Toda una señal. En casa ya había una niña, mi her- mana Virginia, y que viniera un chico, según la vasta experiencia en estos trances de la especialista, además de ser una novedad, significaba una alegría compartida y generalizada. Ya se sabe, la parejita; una nieta y un nieto, los dos primeros. Y nací yo, del- gada, larguirucha, tres kilos... Caló en el ambiente familiar una cierta decepción, y mi abuelo, después de comprobar que, efec- tivamente, el bebé recién nacido no era el niño que le ilusiona- ba, celebró que hubiera venido al mundo sana y bien, y se fue a la viña.

Nueve meses después, una vez que demostré que era una ricura y que no había motivos para añorar al chico que no fui y que, como segunda hija y segunda nieta, colmaba todas las expectativas, me empezaron a brotar por todo el cuerpo unos puntitos rojos. Mi madre no se alarmó al ver los primeros y concedió la importancia justa al suceso, que no consideraba síntoma de nada. Luego, con la proliferación de esos lunarci- tos rojos por todo el cuerpo, se asustó mucho y llamó a mi padre; mi padre, al médico de cabecera, que nos mandó direc-

tos y sin dilación al hospital del Niño Jesús. En el volante ponía «urgente» y con la diligencia debida nos atendió un doctor que, apenas me echó un vistazo por encima y alarmado por las apariencias y sin necesidad de realizar un estudio minucioso, convocó una reunión de colegas. En torno a mí se reunieron ocho o nueve galenos que intercambiaban miradas y gesticulaban con preocupación y sorpresa: o lo que me sucedía era grave, o se trataba de un fenómeno singular que merecía ser compartido. De ahí el despliegue de la ciencia médica en torno a esta inocente criatura. Era muy grave y raro, pues esa enfermedad, la púrpura, afecta a cinco de cada cien mil niños menores de quince años. Me tocó a mí y continúa siendo un misterio cómo la adquirí. No hay una sola teoría que confirme el hecho.

El efecto púrpura aparece cuando la médula ósea deja de emitir plaquetas. *Grosso modo*, la sangre se licua, escapa de las venas y se instala en la superficie de la piel. Estuve internada casi un mes. Durante ese período de tiempo, después de los puntos rojos, me sangraron las encías y me puse morada, literalmente. Decían los médicos que si sangraba hacia fuera, podían controlar la púrpura, más o menos, que la verdadera gravedad del asunto radicaba en las hemorragias interiores, en cuyo caso, si me asaltaban, el proceso sería irreversible. Ante el empeoramiento progresivo de la enfermedad, la familia, asustada y angustiada, se temía lo peor. Yo no lloraba. Conservaba la sonrisa; ya era dura de pequeña, y luchaba, me agarraba a la barandilla de la cuna, me ponía de pie y con ese ímpetu y esas ganas de vivir conseguía tranquilizar un poco —intuyo— a cuantos me rodeaban. Esas muestras de fortaleza las traducían en síntomas positivos, que es lo que el corazón desea mientras el cerebro argumenta lo contrario. La

situación era tan dramática que mis abuelos no se atrevían a acercarse a mí, porque me encontraba tan baja de defensas que temían contagiarme algo. No sufriría dolores y, por supuesto, sobrevivía completamente ajena al drama que se cocía a mi alrededor y a las sorpresas que mi organismo preparaba. Empecé a padecer hemorragias internas. Para combatir las, me inyectaban a diario suero con plaquetas, que seguían destruyéndose. Mientras tanto, indagaban sobre el origen del mal: que si cuando pintaron la casa pude inhalar plomo de alguna pintura... La verdad, ni puñetera idea. Y llegó el momento crucial: si en dos horas mi organismo no generaba plaquetas, me moriría, porque órganos vitales dejarían de funcionar y se producirían derrames cerebrales. Conclusión: estaba al borde la muerte. Como última opción desesperada —o penúltima—, me hicieron una punción ósea, y cuando el telón estaba a punto de caer, descubrieron por fin el medicamento sanador y me curé. Consecuencia de los remedios que habían utilizado para salvarme la vida era mi aspecto como el del muñeco del anuncio de Michelin por la cantidad de cortisona que me habían inyectado.

Recuperados todos del susto, la vida volvió a la normalidad, y la familia y los amigos, al viñedo. Bueno, la normalidad en mi caso nunca ha sido una constante, ni necesariamente una relación de sucesos dramáticos. No, tampoco es eso. En mí, lo corriente fluctúa. Desde muy niña me suceden cosas extraordinarias, o así las concibo por las repercusiones que podían haber tenido. En uno de esos días secos de agosto, cuando el sol te aplanaba y la piscina —la alberca de los abuelos— era el refugio ideal, un año después de morder al perro, cuando tenía tres años, a mi padre le di otro susto de muerte. Él andaba en bicicleta, corría, hacía mucho deporte, y a la vuelta de la casa, don-

de pegaba el aire, detrás de donde mi abuela y mi madre hacían la comida, estaba colgado el botijo. Papá llegó sediento, lo cogió con las dos manos, lo alzó y empezó a beber un trago largo y reparador. Yo me coloqué debajo y le observaba, curiosa. Él no me vio, no imaginaba que pudiera estar pendiente de él, y precisamente ahí, en el lugar más inadecuado en el momento más inoportuno, bajó el botijo y lo chocó contra mi frente, ¡y menos mal que me golpeó en el frontal! Me salió un huevo del tamaño de una bola de ping-pong. Dice mi padre que aún se le pone la piel de gallina cuando recuerda la escena y que, afortunadamente, estaba mirando hacia arriba, que si llegó a tener la cabeza baja podía haberme matado. Sigue repitiéndose que sobreviví al botijazo de milagro.

Nací luchando, por lo visto, y, desde luego, soy una superviviente. El viñedo, como esas hogueras de la noche de San Juan, en torno a las que se encadenan historias personales grandes y pequeñas, trascendentes e intrascendentes, dio para mucho antes de que lo poblaran miles de pasajeros y lo sobrevolaran esos aviones que en un futuro no muy lejano iban a formar parte de mi vida. A una de esas paellas multitudinarias acudieron un montón de amigos con sus hijos. Mi padre tenía una Bultaco 250 todoterreno que atraía a los niños más que la piscina. Con infinita paciencia, los paseaba uno a uno, a horcajadas delante de él, como hacía habitualmente conmigo. Llegaba la hora de comer y quedábamos por montar otra niña y yo. Mi padre la subió delante, y a mí, para terminar antes, me colocó detrás. Al arrancar la moto, y a pesar de que estaba acostumbrada, me asusté y encogí las piernas, las cerré en torno a la rueda. Fue un acto reflejo que me pudo dejar lisiada para toda la vida, y hoy,

sin duda, no sería lo que soy. Metí el pie izquierdo entre los radios, que me arrancaron el lateral de la zapatilla, me abrasaron el costado del pie y dejé sobre el terreno un alarmante charco de sangre. El grito que di fue desgarrador. La cicatriz, ahora menos apreciable, parecía la secuela de una quemadura a lo largo del pie. Papá pensó que me lo había arrancado.

Por fortuna, del incidente solo quedó la cicatriz y un susto morrocotudo. Recuperé la salud, los hábitos deportivos, mi proverbial y desenfrenada actividad —no me encogía así como así—, y di rienda suelta a una energía que nunca me abandonó. A los seis años demostraba unas facultades físicas extraordinarias que dudo que a Virginia le hicieran mucha gracia. La casa de los abuelos, en Alcobendas, estaba al final de una recta, una cuesta de unos cien metros de largo. Al llegar abajo, mi padre nos soltaba de la mano y nos animaba a ver cuál de las dos llegaba antes. Virginia me lleva cuatro años, pero siempre la ganaba. No cabe la menor duda: estaba predestinada para el deporte, que a edad tan tierna mezclaba con las historias del abuelo, a las que yo añadía un toque imaginativo. Si me quedaba en casa de los abuelos, me metía con ellos en la cama para escuchar los relatos del *yayo*. Me extasiaba, pero mi imaginación volaba. Así me inventé un monstruo, el Trugo, para asustarle. Aquel ser ficticio e indescriptible, que debía ser tan voraz como un lobo, pero con más cabezas y peores intenciones, se convirtió con el tiempo en una de mis peñas, cuando unas amigas mías estaban viendo un partido del Pool Getafe con el abuelo. Entre canasta y canasta les contó aquel invento mío del Trugo, un monstruo infantil que terminó por dar nombre a una peña de baloncesto. Mucho antes de ese feliz alumbramiento, la brújula de mi vida era el atletismo, válvula de escape individual y familiar. Dotes para practicarlo no me faltaban, y mis padres no coartaban esa

vocación tan mía que encerraba un fabuloso espíritu competitivo. Correr me liberaba.

Aquel 8 de diciembre de 1985 ni el frío me arredraba. Notaba en las sienes los latidos del corazón, bum bum, bum bum, bum bum, acelerado por la emoción de vislumbrar la tierra prometida, por la proximidad de la meta, a mi alcance ya después de destacarme del grupo de benjamines en 800 metros, y por el esfuerzo. No obstante, me sentía ligera. Zancadas largas, de vuelo raso; la hierba rala, rozada apenas por las zapatillas. Vencía la resistencia del viento como si penetrara en él de costado, un alfeñique. Los cincuenta metros de ventaja que llevaba a la cabeza de ese rosario, cada paso más roto, eran distancia suficiente para adivinar la victoria y acariciarla, tan cerca ya de la cinta, como en esas sesiones de sofrología que te permiten experimentar el sabor del triunfo antes de paladearlo.

Faltaban aproximadamente doscientos metros para cruzar la línea de meta. Mis sueños, mis ilusiones de niña de nueve años, estaban a punto de hacerse realidad. Era mi primera competición oficial e iba a ganarla, estaba convencida: heroína en mi pueblo, vencedora en el Cross de la Constitución de Alcobendas, carrera señera en el calendario. Me había entrenado para vencer también al previsible frío de diciembre. Para ese momento me preparé casi un año y medio, todos los días, lloviera o nevara... Tocaba el triunfo, lo veía. Miraba hacia atrás y conservaba la ventaja. Disciplina, sacrificio, método, entrega total a la causa. El entrenamiento guiaba mis pasos en esos instantes cruciales. Me sobreponía a la fatiga, conservaba la respiración moderada, el pulso no se desbocaba. Iba bien, directa al primer puesto de mi categoría, hasta que en un cruce se produjo el des-

piste fatal: Jesús Maíz, mi entrenador, posiblemente distraído porque no me esperaba tan pronto, no se percató de mi presencia, no advierte que yo paso y tomo por una dirección equivocada, correspondiente a la ruta de otro nivel. ¡Cielos!, cuando quise corregir el error ya era tarde, tuve que volver sobre mis pasos. Delante de mí, ocho corredores y quien estaba distanciada varios metros de la cabeza era yo. Apreté, corrí más todavía, ahora con el corazón en la boca, aún adelanté a tres adversarios y me clasifiqué en cuarta posición. Un desastre para mis aspiraciones, lógicas y fundadas.

Fue la decepción más grande de mi corta vida. No sé si por el esfuerzo, por la desilusión, o por ambas cosas, el disgusto me provocó tal sofocón que tuvieron que atenderme en la unidad móvil de la Cruz Roja. No podía parar de llorar, llanto amargo, de rabia y desengaño. Mis padres no disimulaban la preocupación e imagino sus preguntas: «¿Qué le ocurre? ¿Es una reacción física o psicológica...?». Ni siquiera ellos sabían cuál sería mi actitud ante la derrota, tampoco yo. Ese día lo averiguamos: fue horrible, una reacción exagerada, seguramente. Se pudo comprobar que en el deporte no iba a ser una competidora discreta. No me gusta perder. Detesto perder. Odio perder.

Ese día, bajo el sol de un invierno que no me enviaba ni un átomo de calor, aprendí varias lecciones: que hasta el final de una carrera, de un partido, o de la competición deportiva que sea no hay nada ganado, ni perdido. Que el trabajo y el esfuerzo a veces no son suficientes para llegar el primero a la meta. Asimilé, tan niña como era, que hay otros factores que intervienen en el éxito o en el fracaso, elementos determinantes que no podemos controlar. ¿El destino?, ¿el azar?, ¿la suerte?, ¿la fatalidad? Sea lo que sea, lo ignoro, pero existe.

Justo antes de empezar el cross, mientras calentaba e intentaba controlar los nervios y la ansiedad, no cruzaba por mi mente ni un solo pensamiento negativo. ¿Una caída? ¿Una torcedura? ¿Una rotura fibrilar? Son lesiones comunes, pero estaba preparada, y no por experiencias pretéritas como el botijazo o el accidente con la Bultaco. Sin embargo, ni en la peor de mis pesadillas hubiese imaginado que alguien, sin proponérselo, sin querer, despistado, me desviaría del objetivo. Jamás. Con lo que soy para ganar, con la ambición que tengo, a Jesús Maíz no le guardo rencor. De hecho, fue mi entrenador de atletismo durante cuatro años. Para él solo tengo palabras de agradecimiento por su desinteresada y vocacional dedicación a todos los niños y jóvenes a los que entrenó. Jesús fue el artífice de algunos triunfos en mi primera etapa deportiva y quien puso las bases de mis éxitos futuros. Le recuerdo con mucho cariño..., pese al error.

Otra lección de ese día inolvidable fue que el tren no pasa dos veces y que el destino juega con las cartas marcadas. Gané varias carreras, algunas en Alcobendas, pero nunca el Cross de la Constitución. Lo que demuestra que en la vida del deportista hay variables más partidarias del azar que de los entrenamientos, por muy agónicos, sacrificados y exhaustivos que estos sean. Parámetros que condicionan una existencia que libra una batalla con rivales tan dispares como el tiempo y las ocasiones perdidas, que son todas esas que no vuelven a repetirse.

Aquel cuarto puesto, señal inhóspita de mi primer desencanto deportivo por un fallo ajeno, apuntaló los pilares de mi incipiente carrera. No obstante, tuve que superar el sofocón y mis padres descubrieron que, tras aquel berrinche, tempestad de rayos y lágrimas, se ocultaba un espíritu indómito y ganador. Soy una privilegiada porque a los ocho años, camino de los nue-

ve, supe lo que quería ser: deportista. Una deportista ignorante del gigantesco reto que me planteaba. Ni intuía los obstáculos que tendría que sortear, ni divisaba en ese horizonte, coronado por un majestuoso arcoíris, las dificultades que encontraría por ser mujer y la discriminación que tal condición arrastra. Lo comprobé más tarde.

A pesar del chasco, continué entrenándome todos los días con la intensidad que requería el momento, porque el deportista jamás se rinde. No perdí la ilusión y, acompañada por otros niños de Alcobendas, convertí el polideportivo en mi segunda casa. Las sesiones de entrenamiento se alargaban durante horas sin que nos preocupara ni el calor ni el frío. Aguardaba ansiosa la siguiente carrera, o cualquier otra prueba atlética. Longitud, altura, lo que fuera... Me gustaba todo y en cualquier especialidad destacaba desde alevín. Me preparaba a conciencia para ganar en la modalidad que fuese. Ser la primera me convertía en una persona plenamente feliz, y si perdía, el drama estaba servido. Mis padres no necesitaban recurrir a la estadística para comprobar la amargura que me producían las derrotas. Acostumbrados a mis rabietas, a mis lamentos, a la frustración en que me sumía cada revés, cambiaron la preocupación inicial por palabras de ánimo, hasta que pasaba el mal trago. La terapia funcionó.

El deporte para mí, y supongo que para todos los que me rodeaban, era un bálsamo. Yo me serenaba, me realizaba, y a ellos les permitía descansar del torbellino. Era un trasto y, para más inri, con dislexia. Vivir conmigo debía de ser un infierno, y no porque fuera insoportable, que no era el caso, sino porque era indomable, un manojo de nervios, la esencia de la hiperac-

tividad. Si en el transcurso de mi carrera baloncestística he llegado a reconocermé inaguantable, en aquella época, poseída por ese movimiento uniformemente acelerado, como si estuviera constantemente en caída libre, era un rabo de lagartija. No tenía malicia, pero sí muy mal genio. No organizaba trastadas, pero no paraba quieta y, como ocurre con los huracanes, que arrasan por donde pasan, en mi caso las consecuencias de mis arrebatos las pagaba la vajilla. De mí no se puede decir que jamás rompí un plato; todo lo contrario.

Ese temperamento fue mi seña de identidad en el Príncipe de Asturias, mi primer colegio en Alcobendas, cerca de la Universidad Autónoma. La enseñanza estaba diversificada con planes de estudios alternativos. Por ejemplo, no se utilizaban los libros y el trabajo en equipo era norma. Me vino bien, aunque yo encadenaba los desastres. De ahí que cada dos por tres me castigaran, y no porque hiciera trastadas, sino porque no paraba de moverme. Castigos que me ganaba a pulso. En una ocasión, con otros dos compañeros de clase, nos sacaron al recreo y por nuestra cuenta volvimos a meternos en el aula y nos encerramos. Hasta que me cansé. Habíamos despistado a una profesora nueva, que no me conocía ni sabía qué clase de angelito le había tocado en suerte. La clase estaba en el segundo piso, me sentía enjaulada, así que salté por la ventana y escapé. Solo quería bajar al patio otra vez a jugar... Cuando me vio con los demás niños, a mi aire, como si nada, se quedó perpleja. Al denunciar la fuga a los demás profesores, estos le dijeron que cómo se le había ocurrido dejarme encerrada, ¡que es Amaya! Un peligro con dos piernas.

Cada tarde, mi madre acudía a buscarme al colegio. ¡Cómo me encontraría que del cole iba directamente a la bañera, sin paradas intermedias! Me ponía perdida haciendo deporte, que

para mí era un juego, y para «jugar al deporte» me iba con los chicos. Jugábamos a las tabas, a las canicas. Para mí, la clase era rara, o peculiar, y las niñas, también. Jugábamos al béisbol, al rescate... Me encontraba muy unida a mi clase, pese a que la consideraba, digamos, singular, especial. Yo no jugaba a las muñecas con las niñas, ni a la comba; jugaba con los chicos al fútbol y era muy buena. En el cole y en la calle; competía con ellos porque ellas «se me quedaban pequeñas». No eran rivales con las que pudiera medirme ni explotar mi carácter competitivo. El conflicto surgía en las ligas internas del colegio, porque yo formaba parte del equipo de los chicos de mi clase y nos enfrentábamos contra los de otras clases, y estos no querían admitirme. Ponían como excusa que era niña, cuando la realidad es que era muy buena y que yo, siendo chica, inclinaba la balanza. En resumen, era un chico.

Mi padre me ha contado que cada dos por tres les llamaban del colegio: «Señor Valdemoro, que Amaya no aguanta sentada ni dos minutos, que no hacemos carrera de ella». En esa época tenía siete años y un depósito inagotable de energía, tanta que la empleaba con quienes deportivamente me ofrecían alguna resistencia: los niños. Por eso se les ocurrió a mis padres que, para agotar ese gigantesco almacén de combustible que era su criatura, podría practicar deporte, un deporte duro, exigente, agotador, y consultaron con los profesores. Esa semana empecé a entrenarme en el CAP (Club de Atletismo Popular de Alcobendas), donde cada tarde me dejaban «suave». Al día siguiente, en clase, atendía mejor y me sentía más relajada.

Lloviera, nevara, hiciera frío o calor, aunque cayeran chuzos de punta, iba todos los días andando al polideportivo de Alcobendas. Descubrí el atletismo a los ocho años y en mi primera carrera solo un niño entró por delante de mí, y corrí con los

mayores. Apuntaba maneras. Gané en Madrid un campeonato de alevines de lanzamiento de peso, y eso que no lo había practicado nunca. Salté altura fuera de competición y terminé primera. Nunca había saltado antes. Vencí en varias pruebas de dos kilómetros. Era una superdotada para el deporte. Me manejaba con soltura en cualquier especialidad y el atletismo me sirvió para adquirir una condición física extraordinaria. Me encantaba el atletismo y solo pensaba en ganar a los chicos, mientras Virginia, en otra onda, tonteaba con ellos.

En casa narraban las gestas de la niña, celebraban sus triunfos, y mi tío Fernando, que era aficionado al baloncesto —compitió en alguna liguilla provincial—, no dejaba de animarme para que jugara a su deporte preferido. Le escuchaba, pero no le oía. Con el atletismo me encontraba en mi hábitat, me sentía a gusto, satisfecha, a pesar de lo ingrato que es: si no ganas, no eres nadie. Tampoco en otras especialidades, es cierto. Como dijo alguien, el segundo es el primero de los perdedores, y eso se nota más en los deportes individuales. De ahí proviene mi admiración por los atletas. Su esfuerzo pocas veces se ve recompensado y, salvo raras excepciones, no tienen más reconocimiento que la satisfacción personal.

Mi «problema» personal, sin embargo, era encontrar adversarios con los que medirme y contrastar mis capacidades para descubrir mis limitaciones. Así, llegado el instante supremo del recreo, rehuía los corrillos de las niñas y me acercaba al de los niños. Ellas no querían jugar conmigo a deportes porque era demasiado buena, y a ellos al principio les costó admitirme, porque si les ganaba se tambaleaba su reputación. Pero pronto dejaron de verme como un bicho raro y me aceptaron como uno más. Todos fueron excepcionales, ellas y ellos, nunca me sentí mal. Me defendían y me sentía súper protegida cuando los de

las otras clases me llamaban marimacho y me atacaban. Aún hoy les estoy tremendamente agradecida. Parte de lo que soy se lo debo a mis compañeros, tanto a ellos como a ellas. La B éramos una clase muy unida, aunque, cuando tocaba jugar, pasaba más tiempo con ellos. Precisamente con los chicos, una vez que vencimos las reticencias iniciales, empecé a jugar al baloncesto, como quería el tío Fernando. Yo no lo sabía, pero mi vida estaba tomando otro rumbo.